



Las elecciones y la unidad nacional: diez tesis críticas

Las elecciones del 28 de marzo han constituido un acontecimiento importante en el actual conflicto salvadoreño. Pero, a pesar de la propaganda, no es nada obvio su significado ni su sentido. Dada su importancia y ambigüedad es indispensable ir más allá de sus apariencias y de las interpretaciones propagandísticas para acercarnos lo más posible a su estricta y objetiva realidad. Tarea nada fácil desde luego porque todavía no se ha investigado a fondo como fueron las elecciones mismas. No está debidamente constatado lo que realmente ocurrió en cuanto a número de electores reales y en cuanto a la relación de ese número con el de los electores potenciales. Nosotros lo intentaremos hacer en el próximo número de nuestra Revista ECA. Pero ya hay suficientes datos sobre lo sucedido antes, en y después del 28 de marzo para poder avanzar con responsabilidad algunas tesis fundamentales, indispensables para orientarse en esta marcha tan difícil que lleva El Salvador. Ulteriores estudios proporcionarán mayor claridad, pero urge tener ya alguna para no dejarse deslumbrar por los fogonazos que se encendieron tras el 28 de marzo.

Tesis primera: El proceso electoral de la Asamblea Constituyente no fue una propuesta surgida de las necesidades reales del país en su coyuntura actual ni del pueblo salvadoreño, sino que fue inicialmente una imposición de Estados Unidos, y esto no con el propósito de descubrir cuál era la voluntad nacional sino con el de llevar adelante el proyecto trazado por el gobierno norteamericano para acabar con el conflicto salvadoreño.

Es evidente que tanto Estados Unidos y el aparato del poder político y militar del Estado como el gran y mediano capital salvadoreño estaban profundamente descontentos e inquietos con la situación que se había abierto "de hecho" el 15 de octubre de 1979 y por las dificultades cada vez mayores que se iban presentando. Se trataba, entonces, desde uno de los lados del conflicto de salir de esa situación y de superar esas dificultades. Las razones del descontento eran en los distintos grupos diversas y eran también diversos los modos con que cada uno de ellos pretendía encontrar la respuesta adecuada. Se acabó imponiendo la perspectiva de la Administración Reagan, a la que pronto se plegaron el Alto Mando y la Democracia Cristiana y más tarde y no sin dificultades los representantes del mediano y gran capital.

Estados Unidos, el Alto Mando y la Democracia Cristiana en el poder se encontraban con elementos que les eran muy desfavorables tanto en sí mismos como en su repercusión internacional dentro y fuera de Estados Unidos. La represión se estaba volviendo en sus números —más de treinta mil en dos años— como en sus formas y en los agentes que la perpetraban absolutamente inaceptable; la guerra civil, lejos de decantarse en favor de la Fuerza Armada y del Gobierno, se estaba complicando cada vez más y acercándose a una situación, en la que sin ayuda masiva norteamericana había peligro próximo de un triunfo del FMLN; el descalabro social y económico de la nación iba aceleradamente en aumento; la opinión pública internacional, países de indudable trayectoria democrática, instituciones como la Iglesia, organizaciones políticas internacionales, etc., exigían una solución política. Había, por tanto, que hacer algo en la línea de la solución política, que permitiera hablar de una nueva situación en la que los derechos humanos, la guerra, la crisis económica y los apoyos internacionales pudieran tomar un nuevo giro. Bastaba de momento con apariencias, pero esas apariencias eran indispensables. Y, entonces, frente a la propuesta política de las negociaciones, ofrecida por el FDR-FMLN, Estados Unidos propuso e impuso la de las elecciones. Las negociaciones podían acabar dando una cuota de poder al FDR-FMLN, esto es, según la interpretación norteamericana, podrían conceder a los representantes del Este un avance sobre las posiciones del Oeste. En cambio, las elecciones no sólo no les daban avance alguno, sino que aseguraban un gobierno en el que de todos modos estaría excluida la izquierda, que ya había anunciado desde antes su no comparecencia a un proceso electoral, amañado por sus contrarios. Las elecciones eran, entonces, necesarias para legitimar un pasado y para justificar un futuro, en el que se pudieran emprender acciones definitivas que terminarían con el FMLN y dejarían sin espacio político al FDR.

La Democracia Cristiana esperaba más ventajas que inconvenientes de unas elecciones. Su situación política era cada vez más insostenible. Sobre ella cargaban las acusaciones de toda la Empresa Privada por la caótica situación del país; sobre ella cargaban las acusaciones del FDR-FMLN por garantizar con su presencia en el poder la represión y la violación constante de los derechos y de las libertades fundamentales. Era el suyo un gobierno puramente de hecho, sustentado en un pacto con la Fuerza Armada. Se le acusaba, además, de no contar con ningún respaldo popular, de ser un partido minoritario, de ser un puro aparato de partido. Por otro lado, la Democracia Cristiana esperaba que su política de reformas, sobre todo, la reforma agraria, podría traerle simpatías. Y pensaba asimismo que desde el aparato del poder se contaba con ventajas sustanciales para traer a su favor votantes indecisos. En último caso, aparecería como el partido que propiciara unas elecciones libres y limpias, con lo cual quedarían lavadas las manchas de sus dos años de ejercicio violento del poder. Pero presumía la Democracia Cristiana, como también lo deseaba Estados Unidos, que iba a triunfar en las elecciones y que este triunfo iba a ser la mejor prueba de que el pueblo estaba de acuerdo con la gestión que había llevado a cabo en circunstancias muy difíciles.



El descontento del capital, del poder económico, centralizado en lo que se llama en El Salvador la libre empresa, iba por otro lado. Este poder económico, esta clase social no disponía directa y plenamente del poder del Estado, como lo había venido disponiendo hasta el 15 de octubre de 1979. No era sólo que le fuese mal económicamente por la crisis económica general, ni era tan sólo que muchos de sus principales representantes hubieran tenido que salir del país por temor a los secuestros y a la violencia. Era, sobre todo, que no tenían en sus manos todo el poder necesario para defender sus intereses. La alianza Fuerza Armada-Democracia Cristiana-Embajada norteamericana les había puesto en relativa oposición, que se reflejaba en su rechazo de las llamadas reformas estructurales (agraria, comercio exterior, bancaria). Esto podía acabar erosionando el poder oligárquico. Por otro lado, estaba el peligro real de que la prolongación de la guerra supusiese que sus antagonistas principales, el FDR-FMLN accedieran en alguna medida al poder del Estado. Por todo ello también el poder oligárquico y/o la gran empresa y el gran capital querían un cambio de rumbo. Pero en un principio no lo veían posible a través de las elecciones, pues desconfiaban —historia, magistra vitae— que pudiera perder unas elecciones el partido en el poder, máxime cuando era apoyado por Estados Unidos. Sólo cuando se convencieron de que las elecciones iban a darse, se lanzaron a sacar el máximo provecho de ellas, una vez asegurada cierta "limpieza" fundamental. Era cuestión de invertir cuantiosas sumas de dinero, de encargar la campaña a una agencia publicitaria poderosa, de encontrar un líder y un programa que aunase el fuerte descontento, generado en los dos últimos años y fácilmente atribuible a la Democracia Cristiana, para poder tener buenas posibilidades en las elecciones. Si los resultados no eran halagüeños, siempre quedaba el recurso de apelar al fraude y retomar la posibilidad, varias veces emprendida, del golpe de Estado.

No quiere esto decir que una vez propuestas e impuestas las elecciones por Estados Unidos y los representantes de su proyecto dentro del país y una vez aceptadas como mal menor o como paso necesario por las fuerzas de la derecha y de la ultraderecha, no se generaran expectativas sanas en torno a las elecciones. Son dos problemas distintos el de la estrategia general de las elecciones, que pensamos es la expuesta en nuestra tesis y el de la buena voluntad de muchos salvadoreños de a pie, que aceptaron el señuelo de las elecciones como algo hacia lo cual dirigir sus deseos de paz, sus deseos de participación política, sus deseos de contribuir a la solución de una crisis, que afectaba a la patria entera y que les afectaba a ellos mismos. De ningún modo

pueden excluirse en el proceso electoral grandes esfuerzos idealistas, movidos por esperanzas nobles y altruistas. Pero no fueron estos esfuerzos idealistas los que dirigieron y sobredeterminaron el proceso electoral, sino que fue el proceso electoral, programado desde fuera, el que asumió estos elementos parciales en aquella otra estrategia general propiciada últimamente por Estados Unidos.

Tesis segunda: Las elecciones del 28 de marzo no fueron elecciones 'nacionales' sino elecciones restringidas entre los partidos que van desde el centro derecha a la ultraderecha, que eran los únicos que podían contar con espacio político real para presentarse a ellas.

Este es un punto de gran relevancia, si queremos ser objetivos a la hora de valorar el llamado proceso electoral. Las elecciones, declamos en la primera tesis, fueron un artificio de Estados Unidos, aceptado luego no sin reticencias y condiciones por los partidos políticos de derecha y de ultraderecha, para potenciar el proyecto de pacificación del país propuesto por ellos, cuya mira principal es el interés norteamericano en su planteamiento Este-Oeste y no los intereses reales del pueblo salvadoreño. De ahí se sigue que la Administración Reagan no hubiera aceptado unas elecciones que realmente pudieran llevar al poder a quienes estima más favorecedores del Este que del Oeste, a los agrupados en torno al FDR-FMLN. Como no fue aceptado el triunfo de Allende en Chile, no sería aceptado el triunfo democrático electoral del FDR-FMLN.

No se querían unas elecciones nacionales y no se tuvieron unas elecciones nacionales. Una de las partes principales del conflicto salvadoreño no quiso participar en el proceso y no participó. Ya desde este punto de vista las elecciones no fueron cualitativamente nacionales. Lo importante para determinar si unas elecciones son nacionales o no, no es tanto el número de quienes en ella participan, pues a veces hay elecciones cualitativamente nacionales con una participación activa que no sobrepasa el cincuenta por ciento de los electores; lo importante es que acudan a ella las fuerzas políticas reales, sobre todo si estas fuerzas políticas son determinantes en el proceso histórico de la nación. Tal es el caso del FDR-FMLN. Y no participaron porque no se les daban garantías mínimas ni siquiera para que sus dirigentes pudieran entrar al país y porque no se daban condiciones reales que garantizaran una mínima igualdad de oportunidades. No puede negarse que la inmensa mayoría de los asesinados —más de treinta mil—, la inmensa mayoría de los que se han visto forzados a abandonar al país —más de trescientos

mil— son actuales o virtuales simpatizantes del FDR-FMLN; no puede negarse que el movimiento sindical y campesino se ve obligado a trabajar casi en total clandestinidad; no puede negarse que los principales dirigentes de la oposición aparecieron en una lista del Comité de Prensa de la F.A. (COPREFA) considerados como traidores a la patria, subversivos y favorecedores del terrorismo.

No es que la izquierda desestime unas elecciones libres verdaderamente nacionales. En su propuesta de negociación ofrece la posibilidad próxima de tales elecciones, cuando se den las condiciones pactadas para las mismas. No es, por tanto, que teman o rechacen las elecciones en la situación concreta de El Salvador; las rechazan en las actuales circunstancias porque no hay condiciones para iluminar la conciencia popular ni para realizar concentraciones populares.

Hubo, por tanto, unas elecciones restringidas, que demostraron la fuerza relativa de los distintos partidos que van del centro a la ultraderecha. Dicho en otros términos, las elecciones mostraron cuál es la composición de fuerzas en lo que constituye una de las partes del conflicto. En eso radica la importancia de estas elecciones restringidas. Y así en las elecciones se llegó a la conclusión bastante fiable de que frente a la derecha opositorista que logró un 60% de votos, cualesquiera sea el número total de los mismos, la Democracia Cristiana alcanzó en números redondos un 40% de los votos válidos. Esta proporción es de por sí sumamente significativa tanto para los propios partidos como para Estados Unidos y también para el FDR-FMLN. Volveremos sobre este punto en otra tesis. Aquí es suficiente con la constatación de que no hubo elecciones nacionales y que, por tanto, la llamada unidad nacional no es estrictamente tal, sino que es una unidad de una sola de las partes en conflicto, del conflicto que divide, al menos cualitativamente, en dos al pueblo salvadoreño.

Lo importante para determinar si unas elecciones son nacionales o no, no es tanto el número de quienes en ella participan, pues a veces hay elecciones cualitativamente nacionales con una participación activa que no sobrepasa el cincuenta por ciento de los electores; lo importante es que acudan a ella las fuerzas políticas reales, sobre todo si estas fuerzas políticas son determinantes

Tesis tercera: No solamente no hubo elecciones nacionales el 28 de marzo sino que hablando con propiedad no hubo elecciones estrictamente tales, al faltarles condiciones esenciales mínimas.

Adelantando una tesis posterior puede decirse y debe decirse que el 28 de marzo con sus antecedentes y consecuentes representa una fecha y un acontecimiento importante en el actual proceso político del país. Y lo representa no sólo como una constatación de lo que son las fuerzas de la derecha y de los que son influjos foráneos, sino que, además, lo representa por ser una manifestación significativa de la voluntad de una parte importante del pueblo salvadoreño. Con este adelanto queremos disipar la idea de que nuestra crítica de las elecciones no es un esfuerzo desesperado para desvirtuarlas en todo sentido; es más bien un esfuerzo de objetividad que quiere superar las apariencias fenoménicas y los prejuicios interesados para hallar lo que es actualmente la realidad del país en orden a buscar políticas consecuentes y eficaces.

Adelantado esto, debe decirse que efectivamente no hubo elecciones estrictamente tales. Esta era la persuasión generalizada de los observadores políticos y de la mayor parte de las naciones democráticas del mundo, que se negaron a enviar representaciones oficiales que avalaran de algún modo lo que estimaban no podía ser sino una farsa electoral. Lo cual es más de subrayar por cuanto Estados Unidos hizo todo género de presiones para que se enviaran observadores oficiales y la propia OEA, siempre bajo la presión de la Administración Reagan, había recomendado el proceso electoral como vía de solución política al conflicto salvadoreño. Tras el 28 de marzo esta persuasión de la inviabilidad de las elecciones en El Salvador no es tan firme ni tan generalizada, pero no por ello han perdido fuerza las razones que sustentaban la tesis de la invalidez y de la ineficacia de las elecciones del 28 de marzo.

No había en el país condiciones políticas para elecciones. El país se debate en una guerra civil, que obligó a decir que se tendrían elecciones, aunque fuera bajo las balas; el país carece de toda normalidad para que los ciudadanos puedan formarse un juicio mínimamente ecuaníme sobre todo en orden a la elección de una Asamblea Constituyente; el país no cuenta con la información objetiva de lo que es la alternativa del FDR-FMLN, la cual no puede ser conocida más que a cuentagotas y es constantemente desfigurada por los medios masivos de comunicación social; el país está aterrorizado por la violencia que le azota por casi todos sus rincones... Desde el punto de vista formal tampoco había condiciones para elecciones estrictamente tales:

en los meses que antecedieron a las elecciones seguía vigente el Estado de Sitio, que fue dejado en suspenso en los días inmediatos a elecciones sin hacerlo público; no había Registro Electoral en el que se pudiese comprobar quiénes y dónde debían votar; no había mesas con listas definidas que pudieran regular la presencia de los electores; se obligó a votar con la amenaza esparcida del peligro que se corría si no se votaba...

Hay otra serie de comprobaciones. Cuando se le pidió a la Federación de Asociaciones de Abogados, un año antes de las elecciones, que contribuyesen a la redacción de la Ley Electoral, rechazaron la propuesta, al comprobar que no había condiciones mínimas para un proceso electoral; ahora bien, las condiciones fueron empeorando desde entonces hasta marzo de 1982, de modo que las razones que entonces adujeron seguían siendo aún más válidas un año después. Cuando a finales de 1981 se preparaba la publicación definitiva de la Ley Electoral, todos los partidos, excepto la Democracia Cristiana, estuvieron de acuerdo en que la Ley no garantizaba la pureza del proceso electoral. Hasta última hora los partidos estuvieron amenazando con retirarse del proceso, porque estimaban que no se estaba dando igualdad de oportunidades y acusaban de la posibilidad real de una multiplicación masiva de los votos y de las facilidades de desviación de los mismos hacia el partido en el poder.

Juntados todos estos elementos, más los presentados en las dos tesis anteriores, puede decirse con objetividad que el 28 de marzo no hubo elecciones "normales" y que, por tanto, es ilegítimo sacar de lo que ocurrió en ese día conclusiones "normales", las conclusiones que permiten sacar unas verdaderas elecciones, en las que se da de un modo, al menos mínimamente aceptable, un conjunto de condiciones, sin las que unas elecciones carecen de legitimidad y de validez para expresar la voluntad nacional. El ejemplo de las elecciones que quería Muzorewa en Rhodesia y su inmediato fracaso, cuando al poco tiempo hubo verdaderas elecciones, nos puede servir de reflexión.

Tesis cuarta: Hay indicios serios que llevan a un juicio razonablemente confirmado de que hubo un fraude masivo en el número de votantes, aunque no en la proporción de los votos que se atribuyó a cada uno de los partidos contendientes.

La opinión pública salvadoreña e incluso el juicio que se formaron personas cultas e imparciales, nacionales y extranjeras, es que el 28 de marzo hubo una votación masiva y esto en condiciones sumamente difíciles y peligrosas. Por otro lado, el Consejo Central de Elecciones dio como cifras definitivas

Había, por tanto, que hacer algo en la línea de la solución política, que permitiera hablar de una nueva situación en la que los derechos humanos, la guerra, la crisis económica y los apoyos internacionales pudieran tomar un nuevo giro. Bastaba de momento con apariencias, pero esas apariencias eran indispensables. Y, entonces, frente a la propuesta política de las negociaciones, ofrecida por el FDR-FMLN, Estados Unidos propuso e impuso la de las elecciones.

Un punto esencial en que debieran concluir los esfuerzos patrióticos de todos los salvadoreños es en no permitir que el destino nacional se juegue en lo fundamental desde Washington.

1,362,339 votos válidos, a los que deberían sumarse 131,498 nulos y 51,438 abstenciones, más 6,412 impugnados, con lo cual se superaría el millón y medio de votantes, lo cual significaría realmente una masiva participación electoral.

En cuanto al juicio de la opinión pública y de otros observadores en lo referente a la presencia masiva, ha de reconocerse que las apariencias están a su favor. Efectivamente hubo largas colas durante muchas horas, en las que se aglomeraban votantes decididos y entusiastas; efectivamente se dio un desequilibrio importante entre lo que penetraba por los ojos y lo que se había esperado. Pero estas impresiones, muy importantes a la hora de formar opinión política masiva, deben someterse a análisis reflexivo. También vemos que el sol se mueve alrededor de la tierra, pero el análisis científico demuestra que eso no es lo que realmente ocurre. Hay, pues, que cuantificar y llegar a probar a cuánto alcanzó el número de votantes.

Por lo que toca al Consejo Central de Elecciones tenemos su palabra y su testimonio. Podemos suponer su honorabilidad y capacidad técnica mientras no se demuestre lo contrario. Pero si se presentan indicios reales de que las cifras dadas por ellos están masivamente infladas, tampoco valdrá su argumento de autoridad.

Nosotros no estamos todavía en condiciones para probar taxativa e irrefutablemente la tesis de que hubo una falsificación masiva de las cifras. Faltan pruebas y faltan testimonios. Pero si podemos proponer indicios razonables que permiten un juicio razonablemente responsable sobre el particular.

Se habían preparado 4,556 urnas, cada una de ellas con la posibilidad de recibir quinientas papeletas, lo cual da un total de dos millones doscientos setenta y ocho mil votos posibles. Esto indica el número máximo de votos que se podía esperar. Sólo pudieron ser utilizadas 4,021 urnas, ya que no se votó al menos en 30 municipios; lo cual da la posibilidad máxima de dos millones diez mil quinientos votos. Estas cifras ya no cuadran exactamente con las dadas por el Consejo Central de Elecciones; ni cuadran tampoco las urnas escrutadas por el Consejo Central de Elecciones con las que realmente se pudieron utilizar, dados los municipios en los que no se votó. Las diferencias en estos números no son realmente significativas, aunque ya dan indicios de fuertes irregularidades formales.

Lo importante, sin embargo, está en el número de urnas disponibles, que no puede superar las 4,556 y que con toda probabilidad no fueron más que 4,021. Conocidas las horas de votación, que eran en su máxima posibilidad de 11 horas, pero que no alcanzaron a ser utilizadas como promedio más allá de las ocho horas y conocido el tiempo que costaba depositar cada voto con todos sus prolijos requisitos, que si en algunas urnas no llegó a 2 minutos en promedio puede calcularse como de dos minutos y medio —un miembro del Consejo Central de Elecciones afirmó que el promedio de tiempo empleado en la votación se acercaba a los tres minutos— se puede concluir con gran seguridad de que la cifra de votantes de ningún modo se pudo acercar al millón y medio. Podrán haber aparecido en las urnas millón y medio de votos; lo que no ha podido haber es millón y medio de votantes. Los cálculos más racionales y ponderados no permiten afirmar más allá de ochocientos mil votantes y pueden oscilar, según nuestro leal entender hasta el momento, entre seiscientos y ochocientos mil.

Este número no queda confirmado por unas declaraciones del Presidente del Consejo Electoral del 30 de marzo, pero sus palabras muestran que el número final ofrecido podría no ser el correcto. Efectivamente, después de que se suspendiera el conteo público —táctica también usada en el fraude de 1972—, porque según él se estaban “recibiendo cifras alteradas”, afirmó que se había contabilizado el 80% de los votos, lo cual daba la cifra de 881,883. Si se aumenta el 20% restante tendríamos un total de 1,091,330, es decir, medio millón menos de lo que se ofreció como cifra final.

En tercer lugar, hay algunos testimonios importantes. Algun diputado dijo en la Asamblea que no quería hablar de los manejos de la Democracia Cristiana para lograr aumentar sus votos por el pacto al que se había llegado, según el cual no se podía hablar de esto; el Embajador Hinton pidió en la mañana siguiente a las elecciones que ningún partido apelara al fraude. Altos dirigentes de los partidos conceden en privado que hubo irregularidades y aun alguna forma de multiplicación artificial de votos que les privó de algún escaño. Un embajador de una República suramericana admitía que el número de votos se había multiplicado, según sus estimaciones, más por tres que por dos.

Todo ello nos lleva a la conclusión de que hubo un pacto USA-partidos-Alto Mando para respetar la proporcionalidad de los votos, pero, sobre todo, para hacer del 28 de marzo un indiscutido triunfo electoral; así se probaría la tesis fundamental de que el pueblo salvadoreño estaba contra la guerrilla, con lo cual se abrirían nuevas posibilidades de combatirla tanto en lo militar como en lo social y en lo político. La conclusión es grave, pero está lejos de ser infundada. No se puede presentar todavía de forma apodíctica, pero los defensores de la tesis contraria tendrán que esforzarse mucho para poder probar que no se dio un fraude masivo. El análisis de lo que fueron las elecciones mismas, lo que las precedió y lo que siguió tras ellas están de momento a favor de la tesis del fraude. No se buscaba conocer la voluntad del pueblo salvadoreño sino, ante todo, llevar adelante un proyecto político, que en lo que tiene de oposición total al FDR-FMLN cuenta con la unidad de toda la gama de partidos que van desde el centro derecha hasta la ultraderecha.

Tesis quinta: El evento del 28 de marzo, a pesar de no constituir unas elecciones nacionales, ni siquiera unas elecciones estrictamente tales; a pesar, de que con toda probabilidad constituyeron un fraude masivo, que desfigura y deslegitima sus resultados, constituyen un acontecimiento político de una gran importancia.

No sería justo despachar el evento del 28 de marzo con el fácil recurso de que al haber habido un fraude masivo, ya las elecciones, las llamadas elecciones, no significan nada. Significan mucho por lo que explican del pasado y por el nuevo ordenamiento político al que han dado paso por lo menos de hecho, punto sobre el que volveremos en otra tesis. Pero significan también mucho en sí mismas.

Efectivamente, si admitimos que hayan votado cerca de ochocientos mil votantes y, si queremos situarnos en el extremo

bajo, cerca de seiscientos mil, hay que reconocer que para las circunstancias de El Salvador se trata de un número muy significativo. Cuando decíamos antes que no había condiciones para un proceso electoral, lo decíamos en serio. Era difícil que en este país crispado, desorientado, se pudiesen reunir más de medio millón de votantes, como había sido difícil reunir el suficiente número de candidatos por el peligro que suponía para sus vidas el lanzarse a una actividad política abierta. Es cierto que hubo una fortísima propaganda en favor de las elecciones; es cierto que se difundió un ambiente de temor de modo que mucha gente, especialmente empleados públicos, acudió a las urnas para no verse en males mayores. Pero, del otro lado, hay que recordar las amplias zonas del territorio nacional controladas de algún modo por el FMLN; las amenazas veladas o abiertas que, sobre todo, algunos sectores del FMLN hicieron correr contra los posibles participantes en las elecciones; el recrudecimiento de la guerra; algunas pocas acciones directamente dirigidas contra el mismo proceso electoral. Todo esto hacía difícil acudir a las urnas, por lo que el número de votantes entre seiscientos y ochocientos mil, representa en sí mismo una cantidad que permite hablar de un cierto éxito. Es un hecho que debe considerarse con toda seriedad y que debe tomarse muy en cuenta, si queremos saber qué pasa en el país y qué debe hacerse en El Salvador. Y esto aun considerando que hubo más de un 10% de abstenciones y votos nulos.

a) Por lo que toca al número de los votantes, aun reducido a seiscientos mil y mucho más si lo supera, ha de concluirse que hay una buena proporción de salvadoreños que no rechaza el camino de las elecciones. Tras lo ocurrido en el proceso electoral, llevado a término con enormes dificultades, no puede decirse que para el pueblo salvadoreño ha terminado la hora de los partidos y de las elecciones, que el pueblo salvadoreño en su conjunto o en su mayoría no acepta ese camino para avanzar en el proceso del cambio social o simplemente para manifestar su voluntad y sus deseos de participar en la conducción política del país. No es posible seguir repitiendo como un dogma, que no necesite comprobación empírica, que ya ha pasado para el pueblo salvadoreño la etapa de los procesos electorales. Una cosa es que fuera así en realidad y otra cosa que así se perciba; una cosa es que los fraudes están siempre al acecho y otra que se rechacen elecciones en las que se pueda prever que el fraude vaya a ser controlado.

b) Por lo que toca a descubrir lo que los votantes reales del 28 de marzo quisieron expresar no es fácil dar una respuesta simplista y unívoca. Algunos han dicho que las elecciones significan un no a la violencia, léase un no a la guerrilla. Efectiva-

mente una gran parte de la propaganda tenía ese mensaje: el voto acabará con nuestra tragedia, tu voto contra el terrorismo, tu voto en favor de la paz. No se hace difícil, por ello, conceder que una gran parte de los votantes buscaban terminar con la violencia y, más positivamente, hacer algo que contribuyera a salir del estancamiento actual. Pero de ahí no puede concluirse que todos los votantes —desde luego no en el 10% o más de las abstenciones y de los nulos— que decían un no a la violencia y un sí a la paz, estaban diciendo un no al FDR-FMLN y un sí al proyecto norteamericano-juntista-derechista. Porque la violencia es en El Salvador, ante todo, el terrorismo, y está demostrado que el terrorismo es entre nosotros en su mayor parte un terrorismo de derecha y un terrorismo de Estado; asimismo la guerra, otra de las formas de la violencia, habría sido también rechazada por los votantes, e igualmente lo habría sido el proceso de destrucción de los recursos productivos del país. Puede concederse que una buena parte de los votos de ARENA y del PCN sí significan un voto más beligerante contra el FDR-FMLN y sus simpatizantes; significan asimismo un rechazo al reformismo de la Democracia Cristiana. Pero se tratará tan sólo de poco más de un 50% de los votantes y no de todos ellos. Sería, por tanto, una trágica y falsa conclusión querer sacar de este proceso electoral la prueba de que la izquierda no tiene respaldo popular y mucho peor aún el que de la votación se desprende un cheque en blanco y un permiso general para su eliminación violenta.

a) Por lo que toca al número de los votantes, aun reducido a seiscientos mil y mucho más si lo supera, ha de concluirse que hay una buena proporción de salvadoreños que no rechaza el camino de las elecciones, que el pueblo salvadoreño en su conjunto o en su mayoría no acepta ese camino, para avanzar en el proceso del cambio social o simplemente para manifestar su voluntad y sus deseos de participar en la conducción política del país. No es posible seguir repitiendo como un dogma, que no necesite comprobación empírica, que ya ha pasado para el pueblo salvadoreño la etapa de los procesos electorales.

c) Un resultado inesperado por los promotores de la idea de las elecciones, Estados Unidos y la Democracia Cristiana, fue el triunfo relativo de la derecha y de la ultra-derecha, frente a un 40.3% de votos a favor de la DC. La tan repudiada extrema derecha, a la que se le atribuyó gran responsabilidad en la represión y violación de los derechos humanos —desde el asesinato de Monseñor Romero, las religiosas norteamericanas y los sacerdotes salvadoreños hasta el asesinato de la dirigencia del FDR, del Rector de la Universidad Nacional, de los maestros y sindicalistas, de miles de campesinos y obreros—, a la que se atribuyó asimismo el rechazo de las reformas, recibía en las urnas más votos que los demócratas cristianos. La mayor parte de los votantes estaba contra la gestión de la Democracia Cristiana-Alto Mando y contra el proyecto que para El Salvador había impuesto la Administración Reagan. Por otro lado, las reformas, lejos de debilitar el poder de la oligarquía, lo había alertado y lo había puesto en plan de combate. No tenemos espacio para insistir en este punto, pero es un punto de grandísima importancia. En El Salvador hay una derecha extrema amplia, poderosa, muy beligerante, que por el camino emprendido durante estos dos años con su colofón electoral, lejos de haberse debilitado, ha salido fortalecida. Las elecciones en este sentido o fueron inoportunas en el tiempo o demostraron lo contrario de lo que se pretendía con ellas. La extrema derecha no era minoritaria ni eludía la confrontación electoral, siempre que a ella no entrara en igualdad de condiciones la verdadera oposición del régimen actualmente imperante en El Salvador.

d) El evento del 28 de Marzo, en consecuencia, ofrece una faceta importante de la estructura social del país; más aún, da una cierta legitimidad a los que fueron elegidos. Este es un punto delicado en que toda precisión es poca. Por lo que hemos sostenido en las tesis anteriores, no podemos reconocer a los diputados de la Asamblea Constituyente una representatividad nacional ni una legitimidad absoluta. Todos los diputados juntos no representan la voluntad general o la voluntad nacional, porque no fueron todos los salvadoreños ni cuantitativa ni cualitativamente los que pudieron y quisieron elegir sus representantes. Sin embargo, los diputados elegidos tienen una representación real, representan efectivamente a una parte de la población cuantitativa y cualitativamente importante. Y esto les da una cierta legitimidad. Esta legitimidad no les permite legislar para toda la nación, aunque necesidades de hecho les proporcione una legitimidad subsidiaria, pero si les permite para hablar en nombre de la derecha, en nombre de una de las partes en conflicto con la otra parte en conflicto; les permite asimismo preparar unas condiciones realmente favorables para unas elecciones na-

cionales; les permite entrar en negociaciones, y les permite finalmente conducir la gestión pública, porque quien está al frente de ella, aunque sea de hecho, cuenta con obligaciones y derechos, nacidos de la necesidad de llevar a cabo esa gestión, sin la que la marcha del país se estancaría.

e) Dentro de la división de la derecha, las alianzas ARENA, PCN u otras que se dieran son legítimas y a cada Partido le toca definir con quien quiere aliarse, de modo que la suma de una mayoría de diputados es la forma legalmente democrática para hablar en nombre de quienes votaron el 28 de Marzo. La DC con su 40.3% de votos no tiene apoyatura legal para decir que no es democrática su exclusión del poder. Tendría siempre la posibilidad de ser un poder opositor, si es que quiere ser consecuente con lo que prometió en su campaña electoral.

Tesis sexta: El evento del 28 de Marzo dio la victoria a la coalición derechista y la voluntad de los triunfadores no fue respetada por los poderes fácticos que habían programado el proyecto electoral.

En el proyecto electoral se buscaba, ante todo, cobrar nuevo impulso legitimador al intento principal de Estados Unidos, del Alto Mando, de la oligarquía salvadoreña y de los partidos derechistas y centristas, consistente en aniquilar la fuerza social y militar del FDR-FMLN. Pero junto a ese intento principal, que representa la contradicción fundamental que se da en el proceso salvadoreño, se daba otro intento secundario que representa las contradicciones secundarias que hay dentro del bloque de fuerzas derechistas y centristas en El Salvador. La campaña electoral parecía más que una campaña contra el FDR-FMLN una campaña de la DC contra ARENA y PCN y de estos contra aquélla. Pues bien, en esta lucha secundaria, triunfó la coalición ARENA-PCN, a la que se adhirieron en parte AD y PPS. Los electores tenían claridad suficiente sobre esta oposición secundaria y eligieron con bastante libertad entre uno y otro de los opositores.

Aun si aceptáramos que las elecciones hubieran sido verdaderas elecciones y que las elecciones fueron nacionales, tendríamos que decir que las elecciones no fueron respetadas. Los hechos demuestran palmariamente que ARENA-PCN querían dominar hegemónicamente la Asamblea Constituyente y esto lo lograron con facilidad y lo impusieron con prepotencia legítima, aunque políticamente descabellada. Hasta tal punto que a la instalación solemne de la Asamblea Constituyente no asistió ni la Junta cívico-militar, ni el Alto Mando, ni la bancada demócrata cristiana. Pero cuando ARENA y PCN quisieron

imponer, como les correspondía legalmente, al Presidente Provisional del Ejecutivo y al nuevo Gobierno contaron con la resistencia infranqueable de Estados Unidos y del Alto Mando, quienes les impusieron el Presidente Provisional, la presencia de tres Vice-presidentes y el reparto de las carteras gubernamentales entre ARENA, PCN y DC, así como de otros cargos del Estado. Ciertamente se consiguieron los votos necesarios entre los diputados para cambiar lo ya legislado y para elegir a los miembros del Ejecutivo. Pero para todos fue evidente que esto se logró coactivamente, ante la amenaza de suspensión de la ayuda militar y económica por parte de Estados Unidos, sin las que el triunfo de la izquierda se estima como inevitable y a corto plazo. Para probarlo basta con recordar los 'campos pagados' de grupos de ARENA donde reclamaban que los constituyentes no se dejaran presionar por los militares o por Estados Unidos para sacar adelante sus propios candidatos; basta con recordar los gritos de la 'barra' arenista en el propio recinto de la Asamblea; basta con recordar las reuniones del Embajador Hinton con los dirigentes de los partidos y la venida especial del General Vernon Walter para indicar claramente cuál era la voluntad de Washington. En este sentido queremos recordar lo que la "Federación de Asociaciones de Abogados de El Salvador" dijo en declaración pública y oficial: "que está preocupada profundamente por las informaciones de toda índole sobre las presiones que se están ejerciendo para distorsionar las funciones y atribuciones jurídicas esenciales de la Asamblea Constituyente" precisamente en orden a elegir las autoridades del Poder Ejecutivo.

Es cierto también, como explayaremos en otra tesis, que ARENA y PCN han conseguido jugosos y cruciales puestos en el Poder Ejecutivo, pero realmente no pudieron conseguir todo lo que pretendían y del modo como lo pretendían. Las elecciones tampoco en esto fueron respetadas.

Cuando ARENA y PCN quisieron imponer, como les correspondía legalmente, al Presidente Provisional del Ejecutivo y al nuevo gobierno contaron con la resistencia infranqueable de Estados Unidos y del Alto Mando, quienes les impusieron el Presidente Provisional.

Tesis séptima: El Gobierno de Unidad Nacional impuesto a la Asamblea Constituyente es sólo en apariencia un Gobierno de unidad nacional, pero en esa su apariencia muestra la verdad del proceso anterior y señala su inconsistencia.

Aparentemente tras las luchas de un mes que siguieron al 28 de marzo para ver qué fórmula se imponía en la conducción del país, se llegó a un consenso impuesto, que se vino a llamar "unidad nacional". La Democracia Cristiana que se había negado durante dos años a gobernar con los representantes de la gran empresa privada y con las fuerzas de extrema derecha, maniobra con la ayuda de Estados Unidos para no quedarse en la oposición y proclama la necesidad de un Gobierno de Unidad Nacional. Efectivamente éste se logra y, como acabamos de decir, se reparten las Vice-presidencias y los ministerios entre ARENA, PCN y PDC.

Este Gobierno ni es de unidad, ni, menos aún, es de unidad nacional. No es de unidad, porque agrupa programas muy distintos y grupos partidistas muy opuestos, que van a buscar el derrotar a sus contrincantes en las próximas elecciones anunciadas para dentro de dos años escasos. Menos aún, es de unidad nacional. La gran división nacional no pasa entre la DC y sus partidos opositores de la derecha, sino entre los dos grandes bandos que hoy están en guerra. Se ha constituido el Gobierno de la Gran Derecha, pero no de la Unidad Nacional. No verlo así es un trágico error, porque no deja otra alternativa que la aniquilación del adversario por ser no nacional. Y es de la Gran Derecha, porque, aunque formalmente se van a respetar las reformas, en realidad los ministerios económicos y de planificación quedan en manos de la derecha y de la ultraderecha, incluso el Ministerio de Agricultura y Ganadería que queda en manos de ARENA. La Democracia Cristiana queda con un mínimo poder, pero prefirió ese mínimo poder que aparecer honestamente derrotada en unas elecciones, en las que se juzgaba su gestión en el poder.

Con la composición de este nuevo Gobierno, con la culminación de esto que se ha llamado consenso nacional, varias cosas han quedado bien probadas. La principal, que el proyecto Estados Unidos-Democracia Cristiana-Alto Mando no era una solución intermedia entre dos extremas, la extrema derecha y la extrema izquierda. Esta tesis hubiera podido ser mantenida si la Democracia Cristiana se hubiera quedado en la oposición. Pero no. Hoy ha llegado a un consenso y a una unidad con quienes durante dos años ha venido denunciando como los máximos exponentes de la extrema derecha. ¿Es que han dejado de constituir la extrema derecha de un día para otro? ¿Es que las diferencias eran puramente tácticas y se daba un fondo común que

¿permitía este tipo de alianza antes tan denostado? ¿Es que se trata tan sólo de una jugada táctica de la Democracia Cristiana, que pasa por encima de sus principios y de sus proclamas? ¿Es finalmente un problema de puro oportunismo, un servicio más a los planes de la Administración Reagan, que necesita una cierta apariencia democrática para seguir llevando adelante su lucha Este-Oeste?

Una segunda conclusión es también importante. Un reformismo verdaderamente tal no es posible sin la unidad de toda la izquierda democrática y sin la aceptación de la izquierda revolucionaria. La Democracia Cristiana como fuerza social no es capaz de imponer ni de hacer aceptar un reformismo serio en una sociedad como la salvadoreña. No negamos que hay la posibilidad de un reformismo serio, pero sólo respaldado por todos aquellos que seriamente quieren las reformas. Hoy hemos vuelto en lo fundamental a las ideas, a las formas, a los nombres mismos de quienes gobernaron El Salvador durante el último decenio y que tuvieron que ser expulsados del poder por la Juventud Militar el 15 de Octubre de 1979 en razón de su incapacidad, de su corrupción, de su política de violación de los derechos humanos. De los hombres del 15 de Octubre no queda en la cúpula del poder más que un sólo nombre: el General García.

La unidad durará entonces lo que dure la presión de su principal patrocinador, Estados Unidos. Y la marcha de la Asamblea podrá ser asegurada por la unidad, ya rota en algún momento decisivo, ARENA-PCN. Pero la marcha del Ejecutivo, a pesar de la habilidad reconocida del Presidente Provisional, no se ve cómo pueda quedar garantizada.

Tesis octava: Las propuestas elecciones del 28 de Marzo dejan intacto el problema principal del país, que es el de la guerra civil y por sí mismas no representan ninguna salida real a ese problema principal.

A nadie se le oculta que el problema principal de El Salvador es hoy el de la guerra civil con su secuela de treinta y tantos mil muertos, cerca de quinientos mil desplazados, una economía agónica, una violación masiva y permanente de los derechos humanos, destrucción constante de fuentes de trabajo... Nada de esto promete ser mejorado en lo sustancial, porque no se está en disposición de alcanzar la raíz del problema, la oposición fundamental entre quienes buscan un cambio democrático-revolucionario y los que no aceptan en modo alguno las fuerzas y los programas que están tras esa búsqueda del cambio democrático-revolucionario.

Está claro que las elecciones del 28 de marzo por sí solas no pueden traer la solución que el país necesita para salir del despeñadero en que está metido. Han sido en lo fundamental una pieza decisiva del proyecto norteamericano para nuestro país, que responde mucho más a sus intereses nacionales que a los nuestros.

Han pasado pocas fechas desde el 28 de Marzo y, menos aún, desde la Constitución del nuevo Gobierno en los primeros días de Mayo. Desde luego es pronto para exigir cambios visibles. Pero la guerra sigue igual, los asesinados y decapitados siguen en lo cualitativo igual. De nuevo todo parece dejado en manos de la guerra. Ya han regresado soldados, clases y oficiales que fueron a formarse para la guerra de contrainsurgencia en Estados Unidos; siguen llegando cientos de camiones con nuevo armamento para la guerra. El FMLN, por su parte, lejos de mostrar debilidad alguna sigue cada vez con acciones más continuadas y más profundas. Los caídos en acciones militares van acercándose en número a los caídos víctimas de la represión; aquellos aumentan y estos disminuyen. Por voluntad de Estados Unidos lo principal sigue siendo la guerra; mientras no se pone recorte alguno a la ayuda militar, ya empiezan a verse signos de que se va a reducir la ayuda económica. La verdad última de lo que se pretende está cada vez más clara. No se ha querido aprender la lección de que el FMLN no puede ser derrotado, al menos en un plazo de tiempo lo suficientemente corto como para que su derrota no signifique al mismo tiempo el colapso de la nación entera. Las elecciones, en este contexto, no suponen sino una distracción momentánea, porque el problema fundamental sigue intacto.

Se han dado buenas palabras de que se van a respetar las reformas, de que se va a procurar la paz, de que se va a pretender un mayor respeto a los derechos humanos fundamentales, especialmente el derecho a la vida. Pero todavía no ha habido ni siquiera signo alguno, que permita comprobar la efectividad posible de tan bellas promesas. No queremos cerrarnos en principio a crearlas; apoyaríamos cualquier iniciativa seria que intentara ponerlas en práctica. Pero todavía no se ven signos nuevos. Y de lo que se trata es nada menos que de empezar a encontrar un principio de solución para la terrible guerra civil, que asola al país.

Tesis novena: El FDR-FMLN tiene también algo que aprender de lo ocurrido el 28 de Marzo y no dar por supuesto que nada ocurrió o que su comportamiento respecto del proceso electoral no admite críticas.

El FDR-FMLN decidió correctamente no participar en unas elecciones, que ni eran elecciones ni menos elecciones nacionales y de las que no había garantías que se iban a respetar sus resultados. Esta decisión fue correcta y ajustada a la realidad. Tenía, además, otra oferta como alternativa de unas elecciones imposibles, la alternativa de la negociación. Las elecciones no podían terminar con la guerra; las negociaciones sí podían terminar con la guerra. Ese era el punto fuerte de su argumentación. Hasta aquí todo bien. Donde empezó a vacilar es respecto de qué hacer con las elecciones. Y en eso o no llegó a una postura unánime o no siguió coherentemente la postura trazada.

Efectivamente, el FDR dijo pública y oficialmente que las elecciones eran ignoradas por ellos, que no eran estimadas como elecciones, pero que no harían nada contra el proceso electoral mismo. El FMLN dijo también que no iría contra el proceso electoral, pero que continuaría la marcha de la guerra, pues las elecciones no eran motivo para cambiar su ofrecimiento de negociaciones o guerra. Sin embargo, los triunfos militares tenidos por el FMLN en los meses de Enero a Marzo, tal vez llevaron a algunos a la convicción de que el aumento de la actividad bélica podría retrasar o suprimir las elecciones, incluso podría hacer cambiar el proyecto de las elecciones por el proyecto de negociaciones. Era un juicio equivocado; equivocado porque no se logró lo que se pretendía y equivocado porque el aumento del accionar bélico iba a valorar la cualidad de las elecciones y el mérito de los electores. Todavía peor hubo grupos que pretendieron frenar el proceso electoral mismo con acciones de tipo terrorista ante la mirada de observadores y periodistas internacionales; se hizo incluso alguna propaganda del "votar en la mañana y morir en la tarde", con lo cual el ánimo negociador del FMLN y aun su buen sentido quedó fuertemente en entredicho. Quizá algunos grupos del FMLN fueron incapaces de valorar el coraje del pueblo salvadoreño, sea o no sea revolucionario; incapaces de valorar el cansancio del pueblo ante una guerra de la que no ve salida pronta.

¿Consiguieron con este tipo de acciones y con algunas de sus proclamas propagandísticas que el pueblo no votara? Si nuestros cálculos son aproximadamente ciertos se quedarían sin votar entre ochocientos y novecientos mil, que pudieron hacerlo. Creemos que sería enormemente ingenuo pensar que tan gran número no votó porque el FDR-FMLN prefería el que no

se fuese a votar. Así como los votantes efectivos no significan en su totalidad un repudio total al FDR-FMLN, tampoco los no votantes significan sin más simpatizantes totales de la solución FDR-FMLN. Nuestra hipótesis tentativa es que el FDR-FMLN cuenta con un número de organizados y simpatizantes que puede andar cerca del medio millón, que sus oponentes declarados pueden estar en torno a trescientos mil, y que el resto de la población, aun teniendo sus simpatías más por un lado que por otro, sigue indeciso y a la espera de una solución que sea rápida y eficaz. Lo que no sería exagerado es pensar que, si el FDR-FMLN pudiera tener las mismas oportunidades organizativas y propagandísticas que las de los partidos que se presentaron a elecciones y las pudiera tener por un espacio de tiempo suficiente, podría conseguir más votos que sus contrarios de derecha, sobre todo si, como en los tiempos pasados de la UNO, la facción más progresista de la DC hiciera frente común con ellos. Claro que no se respetaría ese triunfo. No creemos, sin embargo, que el amplio número de no votantes el 28 de Marzo fueran votos implícitos a favor del FDR-FMLN. Por lo menos estaría por probarlo y no convendría hacerse fáciles ilusiones en este aspecto.

Creemos que es importante subrayar que ni la oferta ni la amenaza del FDR-FMLN llega a la gran masa de la población con claridad y eficacia. Tanto una como otra llegan con débil señal y además ambas quedan completamente distorsionadas por la desinformación constante de los medios masivos de comunicación tanto en prensa y radio como en televisión. Grandes zonas del país, incluida la decisiva zona metropolitana no siente el peligro de que las fuerzas insurgentes puedan plantear ataques decisivos; sus acciones son sentidas como aguaceros más o menos fuertes, pero muy esporádicos y muy limitados en su extensión; se desconoce la amplitud y profundidad de la guerra. Por lo que toca a la oferta de solución, la imagen apenas llega con efectividad y, además, es también distorsionada. Todo esto hace muy difícil que el mensaje del FDR-FMLN llegue con claridad y aceptabilidad a esa gran parte de la población que se siente indecisa y se comporta de manera bastante amorfa en lo que respecta al conflicto mismo. Por otro lado, acciones esporádicas como las quemadas de buses, el derribo de torres de conducción eléctrica que dejan sin energía y sin agua a grandes partes de la población, los mensajes a veces disonantes de Radio Venceremos, y, sobre todo, acciones de presión para conseguir impuestos revolucionarios o para requisar alimentos, son de difícil comprensión por una buena parte de la población.

El trabajo propiamente político en el interior del país es escaso. Cierto que su dificultad es enorme. Pero hasta ahora la alta dirigencia del FMLN no parece haber comprendido debida-

mente la necesidad del trabajo político y democrático con grandes masas de población, que por su estructura mental y por sus condicionamientos no están en disposición de adoptar actitudes y acciones estrictamente revolucionarias. Las cifras de votantes y las cifras de potenciales votantes que no fueron a las urnas el 28 de Marzo, la relativa alta proporción de votos nulos y de abstenciones deben llevar a un nuevo replanteamiento del trabajo político, sobre todo, del FDR.

La guerra sigue siendo para el FMLN elemento principal de su lucha, como es la guerra elemento principal de la estrategia de Estados Unidos y del Alto Mando. De ahí que sea difícil ver cómo conciliar esa necesidad de la guerra con una sincera oferta de negociación. Y, sin embargo, la negociación no tendría fuerza sin la presión de las acciones bélicas y sin la presión de las acciones de sabotaje.

En definitiva, el FDR-FMLN no tuvo la capacidad de enfrentar coherente y eficazmente la jugada de sus contrarios, el movimiento táctico de las elecciones. Una jugada que ha afectado, al menos de momento, tanto a una buena parte de la población, que tiene la impresión de que las elecciones fueron un éxito, como a buena parte de la opinión internacional, en la que el Gobierno salvadoreño y el proyecto norteamericano han encontrado un respiro.

A nadie se le oculta que el problema principal de El Salvador es hoy el de la guerra civil con su secuela de treinta y tantos mil muertos, cerca de quinientos mil desplazados, una economía agónica, una violación masiva y permanente de los derechos humanos, destrucción constante de fuentes de trabajo... Nada de esto promete ser mejorado en lo sustancial, porque no se está en disposición de alcanzar la raíz del problema.

Aun si aceptáramos que las elecciones hubieran sido verdaderas elecciones y que las elecciones fueron nacionales, tendríamos que decir que las elecciones no fueron respetadas.

Tesis décima: La verdadera unidad nacional requiere toda una serie compleja de acciones, que van mucho más allá de lo que pueda dar de sí el proceso electoral del 28 de Marzo y sigue siendo el gran reto nacional.

Está claro que las elecciones del 28 de Marzo por sí solas no pueden traer la solución que el país necesita para salir del desesperado en que está metido. Han sido en lo fundamental una pieza decisiva del proyecto norteamericano para nuestro país, que responde mucho más a sus intereses nacionales que a los nuestros. Es ingenuo pensar que la Administración Reagan vaya a dejar de querer imponer su solución al problema salvadoreño. Lo que debe procurarse es que esa imposición no sea contraria a nuestra realidad y a nuestras necesidades. Un punto esencial en que debieran confluír los esfuerzos patrióticos de todos los salvadoreños es en no permitir que el destino nacional se juegue en lo fundamental desde Washington. No podrá haber unidad nacional si no hay un verdadero nacionalismo. Mientras Estados Unidos sea la pieza decisiva en la guerra civil de El Salvador, va a ser muy difícil que no siga determinando las políticas del Gobierno salvadoreño. Por eso hay que acabar cuanto antes con la guerra.

El desafío fundamental en orden a la unidad nacional es ciertamente la terminación de la guerra. Y la guerra sólo puede terminar de un modo racional y humano por medio del diálogo y de la negociación; de lo contrario terminará de modo irracional e inhumano por medio de las balas y de la muerte, dejando al país exhausto y sin esperanza.

No parece que la negociación haya salido favorecida de las últimas elecciones. Las nuevas fuerzas que han accedido al poder del Estado se han mostrado contrarias a toda suerte de negociación. Sin embargo, no cabe descartar la clásica idea política de que las cosas se ven de un modo desde la oposición y de otra desde el poder. El realismo político puede llevar a caminos, que desde la oposición pudieran parecer intransitables. El Senado y la Cámara de Representantes de Estados Unidos siguen insistiendo en alguna forma de negociación; la propia Administración Reagan habla también de diálogo y negociación; el nuevo Presidente de Costa Rica también ha sido partidario de la negociación, aunque ve con pesimismo las posibilidades actuales de un acercamiento entre los contrarios; la Comunidad Económica Europea sigue propiciando la negociación así como la propician Nicaragua y Cuba; también la sigue favoreciendo la Internacional Socialista; la Iglesia que con bastante ingenuidad antes y después del 28 de Marzo acabó poniendo su peso jerárquico en favor de las elecciones, no está cerrada a un proceso de diálogo y

El Salvador tras el 28 de marzo ha entrado en una nueva fase, cuya viabilidad sólo la marcha de los acontecimientos podrá probar. Si sigue la guerra, si sigue la violación de los derechos humanos, si sigue la catástrofe económica, si sigue el país partido en dos mitades... será hora de reconocer que las elecciones han sido tan sólo una distracción para alejar más y más el día de la paz. Si, al contrario, el 28 de marzo y los acontecimientos que le han seguido, significan un paso adelante en la superación de la catástrofe económica, en la mejora de los derechos humanos y en la aproximación del final de la guerra, habrán sido un paso positivo aun dentro de los límites de su parcialidad

de negociación. Todo esto hace que si sigue la profundización y prolongación de la guerra y sigue el deterioro económico así como la ingobernabilidad del país, volverá a ponerse en primer plano la necesidad y la urgencia de alguna suerte de negociación, en la que sin duda han de tenerse en cuenta las lecciones, que se deben sacar del proceso electoral.

Para favorecer esta unidad nacional que acabe con el conflicto mucho tendrá que hacer el nuevo Gobierno del Presidente Magaña. Alvaro Magaña tiene merecida fama de capacidad de maniobra política y de saber conciliar intereses opuestos; conoce personalmente y desde antiguo a políticos del FDR. Podría en consecuencia propiciar acercamientos previos. Probablemente poco podrá hacer en el campo de la guerra, a pesar de su condición nominal de Comandante Supremo de la Fuerza Armada y poco podrá hacer también de inmediato en el problema de la represión y del terrorismo. Pero su clara preocupación y capacidad por lo económico no le deben hacer descuidar puntos esenciales más urgentes, que inicien de algún modo la pacificación y la democratización del país, en lo que debe acompañar y ser acompañado por la Asamblea Constituyente.

En esta tarea de pacificación y democratización hay que recordar que se ha vuelto a poner en pleno vigor la Constitución del 62, mientras no se redacte una nueva Constitución. Tanto la Asamblea Constituyente como el Poder Ejecutivo y el Judicial están en la indeclinable obligación de cumplir y hacer cumplir el orden constitucional, que con tanta frecuencia y gravedad ha sido irrespetado desde el propio año de 1962, en que se puso en vigor la actual Constitución. Pensamos que la actual Asamblea Constituyente no está en las mejores condiciones ni políticas ni técnicas para elaborar la nueva Carta Constitucional que necesita nuestro país; pensamos que su tarea prioritaria debiera ser contribuir a la pacificación y a la democratización de este El Salvador, que ni tiene paz ni tiene democracia.

Para ello podrían darse signos de buena voluntad. Tales serían una amnistía general a los presos políticos, un compromiso formal para acabar rápidamente con las más graves violaciones de los derechos humanos, una explícita derogación de todos aquellos decretos que van contra las libertades democráticas y los derechos de los trabajadores, la reapertura de la Universidad Nacional de El Salvador, punto tan prometido en las plataformas de los distintos partidos políticos que fueron a elecciones. Pero no basta con signos, aunque estos aportarían mucho para crear un nuevo ambiente en que fuera posible el diálogo y la negociación.

Hay que hacer más. Todos tenemos que hacer más. Hay que dar paso a las acciones políticas para que disminuya la importancia de las acciones militares; hay, por tanto, que ampliar el espacio político en el que crezcan y florezcan los partidos políticos, los sindicatos, las organizaciones democráticas populares. No estamos pidiendo más de lo que nos otorga la Constitución a todos los salvadoreños. Son las fuerzas políticas, son las bases sociales las que deben forzar la necesidad del diálogo y de la negociación. Es, sin embargo, utópico pensar que Estados Unidos y el Alto Mando van a cejar en su esfuerzo de guerra y que, consiguientemente, vayan a cejar en el suyo el FMLN. Sólo el empantanamiento de la guerra con sus terribles consecuencias en muertes, destrucción, terrorismo y violación de los derechos humanos, creciente descontento popular, desmoralización de la Fuerza Armada, etc. podría llevar a un drástico cambio de rumbo, que incluyera unas negociaciones tomadas con toda seriedad y que se acomodasen a las circunstancias internas e internacionales en las que se encuentra actualmente El Salvador. De esas negociaciones no debieran estar excluidas unas futuras elecciones, porque se ha demostrado que hay voluntad electoral en el pueblo salvadoreño. Pero esas futuras elecciones no tendrían sentido real, si es que no son auténticas elecciones y elecciones

verdaderamente nacionales, lo cual exige ineludiblemente el juego político de todas las fuerzas sociales, que son estrictamente salvadoreñas y que, por tanto, tienen derecho a participar de lleno en la actividad política y social del país.

El Salvador tras el 28 de Marzo ha entrado en una nueva fase, cuya viabilidad sólo la marcha de lo acontecimientos podrá probar. Si sigue la guerra, si sigue la violación de los derechos humanos, si sigue la catástrofe económica, si sigue el país partido en dos mitades... será hora de reconocer que las elecciones han sido tan sólo una distracción para alejar más y más el día de la paz. Si, al contrario, el 28 de Marzo y los acontecimientos que le han seguido, significan un paso adelante en la superación de la catástrofe económica, en la mejora de los derechos humanos y en la aproximación del final de la guerra, habrán sido un paso positivo aun dentro de los límites de su parcialidad. Creemos que el análisis desapasionado de lo que han sido y de lo que no han sido las elecciones, nos puede ayudar a todos a reflexionar y a encontrar nuevos pasos hacia la democratización y la pacificación. Sólo así podrán darse los siguientes pasos hacia la reconstrucción nacional, dentro de una unidad que puede ser difícil, pero que puede llegar a ser pactada y respetada. No hay razones para ser optimistas. Parecería que sigue el empeño de recorrer caminos abocados al fracaso, antes que emprender valerosamente el camino nuevo de la verdadera unidad nacional.

18 -Mayo-82